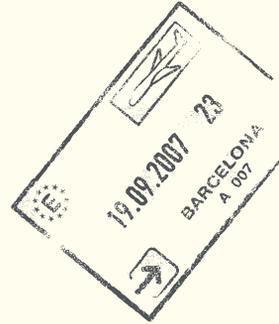


Hein de Haas

Los mitos de la inmigración

22 falsos mantras
sobre el tema
que más nos divide



U. S. IMMIGRATION
307 NEW 563

DEC 23 2003

ADMITTED UNTIL WT (CLASS)

MAR 13 2004



PENÍNSULA

Los mitos de la inmigración

22 falsos mantras sobre el tema que más nos divide

Hein de Hass

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *How Migration Really Works.*
A Factful Guide to the Most Divisive Issue in Politics

© Hein de Haas, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: mayo de 2024

© de la traducción del inglés, Juan José Estrella González, 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Depósito legal: B. 6.825-2024
ISBN: 978-84-1100-252-3

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Nota de lectura	11
Introducción	17

PRIMERA PARTE MITOS DE LA MIGRACIÓN

Mito 1: La migración se encuentra en máximos históricos	35
Mito 2: Las fronteras se han descontrolado	56
Mito 3: El mundo se enfrenta a una crisis de refugiados	75
Mito 4: Nuestras sociedades son más diversas que nunca	95
Mito 5: El desarrollo en los países pobres reducirá la migración	119
Mito 6: La emigración es una huida desesperada de la miseria	139
Mito 7: No necesitamos trabajadores migrantes	162

SEGUNDA PARTE INMIGRACIÓN: ¿AMENAZA O SOLUCIÓN?

Mito 8: Los inmigrantes roban trabajos y abaratan los salarios	187
--	-----

Mito 9: La inmigración erosiona el estado del bienestar	210
Mito 10: La integración de la migración ha fracasado	232
Mito 11: La migración masiva ha generado una segregación masiva	260
Mito 12: La inmigración dispara los índices de delincuencia	282
Mito 13: La emigración conlleva una fuga de cerebros	300
Mito 14: La inmigración es beneficiosa para todos	318
Mito 15: Los inmigrantes son necesarios para resolver los problemas de unas sociedades envejecidas	336

Tercera parte LA PROPAGANDA SOBRE LA MIGRACIÓN

Mito 16: Las fronteras se están cerrando	355
Mito 17: Los conservadores son más duros con la inmigración	377
Mito 18: La opinión pública se ha puesto en contra de la inmigración	395
Mito 19: El tráfico de personas es la causa de la inmigración ilegal	411
Mito 20: La trata de personas es una forma de esclavitud moderna	436
Mito 21: Las restricciones fronterizas reducen la inmigración	459
Mito 22: El cambio climático conducirá a una migración masiva	482
Lo que queda por delante	505
Agradecimientos	527
Notas	533

Mito 1

La migración se encuentra en máximos históricos

La migración parece encontrarse en máximos históricos y parece estar acelerando rápidamente. Se nos dice que el mundo no ha experimentado nunca tantas migraciones y que ello ha causado una crisis. La pobreza extrema, el crecimiento de la población, la opresión, las guerras y el cambio climático han llevado al desarraigo de un número creciente de personas. Como consecuencia de ello, un número cada vez mayor de pobres se dirigen en masa a ciudades y destinos en el extranjero, lo que excede la capacidad de absorción de zonas urbanas y sociedades de destino. Esa migración, que se multiplica rápidamente, y las crisis de refugiados que se dan en todo el mundo refuerzan los temores de que, a menos que los problemas se aborden con urgencia, el éxodo progresivo pronto se descontrolará por completo. Todo ello parece confirmar la idea de que vivimos en una era de migraciones masivas sin precedentes.

Esa es la imagen de la migración que nos llega cuando vemos la televisión, leemos el periódico o consultamos internet. Los Gobiernos parecen cada vez más desbordados por una marea creciente de migrantes y refugiados que intentan desesperadamente cruzar mares y desiertos para llegar a las fronteras de un Occidente opulento. Los emigrantes parecen conformar una porción cada vez mayor de las poblaciones nacionales, y se diría que los niveles de diversidad étnica, racial y religiosa son más altos que nunca.

A causa de la globalización, resulta más fácil que nunca viajar y conectarse a grandes distancias. Desde la década de 1990, la televisión por satélite, internet y los teléfonos inteligentes han propiciado una revolución en la conectividad global. Incluso en los pueblos y aldeas más pequeños, en países como Guatemala, Etiopía y Afganistán, hoy la gente puede conectarse con el resto del mundo. Ello ha ensanchado los horizontes de los jóvenes de todo el mundo. La exposición a imágenes de riqueza y lujo en Occidente parece haber alentado una fiebre de migración entre los más jóvenes, ávidos por probar cómo es la vida en la tierra de la abundancia.

Al parecer, todo ello ha alimentado una presión migratoria cada vez mayor. Las desigualdades internacionales siguen siendo enormes, muchos países en vías de desarrollo son presa de pobreza, inestabilidad, corrupción y conflictos violentos. Simultáneamente, el rápido aumento de la población suma más bocas hambrientas que alimentar año tras año, lo que conduce a una mayor competencia por unos recursos que son escasos. Más recientemente, el cambio climático se ha añadido a ese cóctel de desgracias humanas, trayendo consigo cada vez más inundaciones, sequías, huracanes y grandes incendios. A medida que las personas pierden hogares, ganado y tierras de cultivo y se ven desahuciadas a causa de las reiteradas pérdidas de cosechas, parece que no les queda más alternativa que huir. Se suman a la masa cada vez más numerosas de gentes desarraigadas en el Sur Global, desesperadas por migrar al Norte Global.

La idea de que vivimos una época de migraciones masivas sin precedentes ha ganado credibilidad a partir de las frecuentes afirmaciones de prestigiosos organismos internacionales —como son la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)— según las cuales las cifras de migrantes y refugiados han superado otro máximo. En 2021, la OIM aseguró que «la actual movilidad de personas es mayor que en ningún otro momento de la historia moderna y sigue aumentando bruscamente».¹ Adop-

tando un tono alarmista, ACNUR ha afirmado que vivimos en tiempos de «crisis de desplazamiento global», y que los conflictos, la violencia y el cambio climático expulsan cada vez a más personas de sus tierras natales; en 2022 declaró que, con una cifra récord de 100 millones de personas desplazadas, se había alcanzado «una cota dramática» que «pocos habrían anticipado hace una década».²

Todo ello se combina para conformar la idea dominante de que existe una «crisis migratoria». Dicha idea —que vivimos en una época de migraciones masivas sin precedentes— es la afirmación más extendida sobre la migración. Aunque pueden defender diferentes soluciones, todos —políticos de izquierdas y de derechas, activistas en contra del cambio climático, nativistas, ONG humanitarias, organizaciones de apoyo a los refugiados y medios de comunicación— han asumido la idea de que en la época actual se vive una crisis migratoria originada por una serie de otras crisis globales, económicas, demográficas y medioambientales. Según ese relato, el mundo está en llamas y, como consecuencia de ello, la emigración se ha descontrolado.

DESMONTANDO EL MITO

La migración internacional se mantiene en cifras bajas y estables

Aunque la idea de que la migración se encuentra en máximos históricos ha alcanzado un estatus de verdad prácticamente incuestionable, los hechos explican otra cosa diferente. Los niveles actuales de migración internacional no son ni excepcionalmente altos ni van en aumento. De hecho, durante las últimas dos décadas, los niveles de migración global se han mantenido notablemente estables. Según la mayoría de las definiciones, un migrante internacional es aquel que vive en un país que no es el suyo de nacimiento durante un periodo mínimo de entre 6 y 12 meses.

Recurriendo a esta definición, y según los datos de la División de Población de Naciones Unidas, en 1960 había unos 93 millones de migrantes internacionales en el mundo. La cifra creció hasta alcanzar los 170 millones en 2000, y en 2017 había aumentado hasta llegar a los 247 millones. A primera vista, parece un incremento drástico. Sin embargo, la población mundial ha aumentado a un ritmo aproximadamente igual, y ha pasado de unos 3.000 millones de personas en 1960 a 6.100 millones en 2000 y a 7.600 millones en 2017. Así pues, si expresamos la cifra de migrantes internacionales en relación con la población mundial, vemos que los niveles relativos de migración de han mantenido estables, en torno al 3 por ciento. Además, es probable que las cifras del pasado se quedaran cortas porque, en décadas anteriores, una parte importante de la migración no se registraba.³

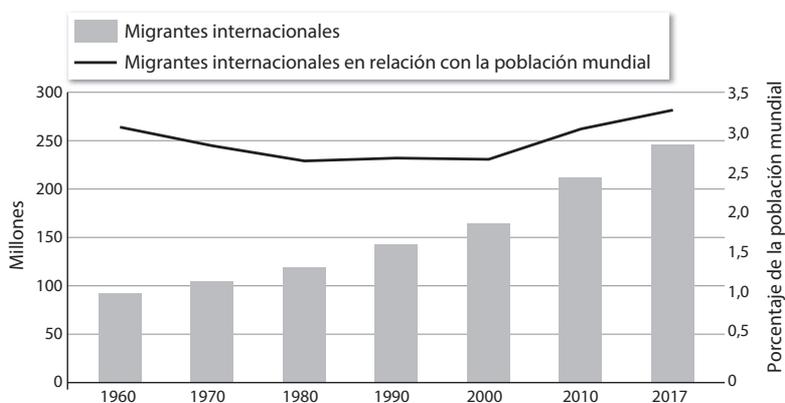


GRÁFICO 1. Población total de migrantes internacionales en el mundo, 1960-2017.

Esto cuestiona la idea de que la migración global está acelerando. De hecho, existen evidencias de que los niveles de migración global eran más elevados a finales del siglo XIX y a principios del XX. Ese fue el momento álgido de la migración transatlántica, en que decenas de millones de europeos salieron del «Viejo Continente» para buscar oportunidades y libertad en el «Nuevo

Mundo», en países como Estados Unidos, Canadá, Argentina y Brasil, así como en Australia y Nueva Zelanda. Esa emigración masiva coincidió con el pico del imperialismo europeo, momento en que numerosos soldados, colonos, misioneros, administradores, emprendedores y trabajadores europeos se instalaron en colonias de África y Asia.

La insaciable necesidad de mano de obra, consecuencia del imperialismo europeo y la industrialización, también desencadenó grandes migraciones en el resto del mundo. Entre 1834 y 1941, Gran Bretaña, Francia y Países Bajos enviaron entre 12 y 37 millones de trabajadores no cualificados (los llamados *coolies*), principalmente desde India, China e Indonesia, a sus posesiones coloniales en el Caribe, África oriental y otros puntos.⁴

Además de los trabajadores de las plantaciones del Caribe, los británicos reclutaban mediante contratos de servidumbre a trabajadores para destinarlos a África oriental, entre ellos a indios que contribuyeron a la construcción de la línea de ferrocarril Kenia-Uganda en la década de 1890. Hasta un millón de contratos de servidumbre se firmaron en Japón, y los sirvientes fueron enviados a lugares como Hawái, Estados Unidos, Brasil y Perú. Tras la Revolución Comunista de 1917 y la creación de la Unión Soviética en 1922, el imperialismo ruso propició una emigración y un asentamiento a gran escala de personas de etnia rusa a Siberia y a repúblicas soviéticas como Letonia, Estonia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y Kazajistán, así como desplazamientos de rusos a Siberia y a territorios no rusos.⁵

En total, entre 1846 y 1940, unos 150 millones de personas cambiaron de continente —el 9 por ciento de la población mundial en 1900—, eso sin tener en cuenta siquiera los movimientos de población a gran escala que se dieron en el interior de Europa. De esos migrantes transcontinentales, se estima que entre 55 y 58 millones eran europeos que se trasladaron a América, 48-52 millones eran indios y chinos meridionales que emigraron a colonias europeas del sudeste asiático, África oriental y el sur del Pacífico, y entre 46 y 51 millones eran ru-

sos y chinos que se instalaron en Manchuria, Siberia, Asia central y Japón.⁶

Para ponerlo en perspectiva, aproximadamente 48 millones de europeos abandonaron el continente solo entre 1846 y 1924. Ello equivalía a un 12 por ciento de la población europea en 1900. En algunos países, el porcentaje era muy superior. En ese mismo periodo, unos 17 millones de personas salieron de las islas británicas, el equivalente al 41 por ciento de la población británica en 1900.⁷ Entre 1869 y 1940, unos 16,4 millones de italianos emigraron a destinos situados en la Europa Septentrional, así como en América del Norte y del Sur, cifra que supera el 50 por ciento de la población italiana en 1900.⁸

Se trata de una tasa mucho más elevada que la de cualquiera de los países que encabezan las tasas de emigración actualmente. Por ejemplo, los 9,5 millones de personas nacidas en México que vivían en el extranjero en 2017 (incluidos migrantes sin papeles), representaban el 7,5 por ciento de la población mexicana, mientras que los tres millones de personas nacidas en Turquía que vivían en el extranjero representaban el 3,8 por ciento de la población turca total. En el caso de países muy poblados, ese porcentaje es aún menor. Los 9,5 millones de personas nacidas en India, y los 5,8 millones de personas nacidas en China que se calcula que vivían en el extranjero en 2007 representaban solo el 0,4 y el 0,7 por ciento de las poblaciones totales de sus respectivos países.

Esa imagen de una migración relativamente baja no se ve afectada si sumamos los refugiados a esas cifras. Ello es así porque el número de refugiados es muy inferior a lo que parece sugerir la amplia atención que se dedica a las «crisis de refugiados» en los medios de comunicación y en la política. Los refugiados representan entre un 7 y un 12 por ciento de la población mundial, mientras que las cifras de refugiados a mediados del siglo xx eran, seguramente, mucho mayores que las actuales (como veremos en el capítulo 3).

Un giro migratorio global

Así pues, el nivel de migración internacional no es tan elevado como creemos. Los migrantes internacionales representan en torno al 3 por ciento de la población mundial, cifra que se ha mantenido notablemente estable. Si le damos la vuelta a ese número, eso significa que una proporción abrumadora de gente —sobre un 97 por ciento de la población— vive en su país natal. Se trata de un dato sorprendente, dadas las inmensas desigualdades que siguen existiendo en el mundo. Así pues, no existe evidencia de que la migración global se esté acelerando. Aun así, ello no implica que nada haya cambiado. Preferentemente desde una perspectiva occidental y eurocéntrica, se han producido transformaciones profundas en los patrones migratorios, que han puesto totalmente patas arriba el mapa global de las migraciones. Esas transformaciones tienen poco que ver con las cifras y más con la dirección geográfica dominante de las migraciones globales desde el final de la Segunda Guerra Mundial, lo que explica por qué, al menos desde una perspectiva europea o estadounidense, puede parecer que la inmigración se encuentra en máximos históricos.

El cambio más fundamental ha sido la transformación de la Europa Occidental, que ha pasado de ser la fuente principal de colonos e inmigrantes del mundo a importante destino para migrantes. Desde el siglo xv, los europeos se aventuraron a recorrer el mundo, ocupando y poblando territorios extranjeros —sobre todo América, pero también África y Asia—. Es algo que empezó con el «descubrimiento» y la conquista de América después de que Cristóbal Colón pusiera un pie en el Caribe en 1492, y de que se diera una implicación creciente de españoles, portugueses, holandeses, franceses y británicos en el establecimiento de colonias en las Américas, así como de puertos comerciales y colonias en las costas africana y asiática a partir de los siglos xvi y xvii. Si España conquistó Filipinas, los británicos fueron obteniendo el control gradual del subcontinente indio, y los Países Bajos se hizo con el dominio de Indonesia.

A partir, sobre todo, de mediados del siglo XIX, las potencias coloniales europeas —y más concretamente Gran Bretaña y Francia—, colonizaron la mayor parte de los territorios de África y Asia, con alguna excepción como Etiopía, Tailandia y China. Ello vino acompañado de la emigración de colonos europeos a esas nuevas colonias, como en el caso de los británicos que se trasladaban a Sudáfrica, Rodesia (la actual Zimbabue) y Kenia, y en el de la gran cantidad de franceses y otros *colons* europeos que se instalaron en Argelia. Evidentemente, lo hacían sin solicitar el permiso de las poblaciones nativas. Podría decirse que el colonialismo europeo constituye la mayor emigración ilegal de toda la historia humana.

Ese colonialismo europeo también desencadenó la mayor migración forzosa de la historia, a través del comercio transatlántico de esclavos, pues se calcula que aproximadamente 12 millones de africanos fueron trasladados a América en contra de su voluntad.⁹ La abolición del comercio de esclavos y de la esclavitud a lo largo del siglo XIX llevó a británicos, holandeses y franceses a reclutar a un gran número de personas con contrato de servidumbre, sobre todo del subcontinente indio, pero también de Java y China, para que trabajaran en sus colonias del Caribe y el África oriental.

Después de que Estados Unidos obtuviera la independencia de Gran Bretaña en 1776, la mayoría de las colonias latinoamericanas se independizaron de España (y Brasil de Portugal) a principios del siglo XIX. Aun así, ello no impidió la llegada de europeos al continente americano. Sobre todo a partir de 1850, un número cada vez mayor de migrantes europeos —por lo general campesinos y obreros que buscaban mejores opciones económicas al otro lado del mar— se sintieron atraídos por las oportunidades que ofrecían Estados Unidos y Canadá, pero también Argentina y Brasil. Ello dio como resultado una migración transatlántica a gran escala. La industrialización y la urbanización también llevaron a trabajadores migrantes desde China y Japón hasta el continente americano.¹⁰

Todo eso acabó al término de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1965, la mayor parte de las colonias europeas en Asia y África obtuvieron su independencia. El rápido crecimiento económico y la creación de estados del bienestar en la Europa Occidental hicieron que los europeos perdieran interés rápidamente en emigrar a América, Australia y Nueva Zelanda. El pleno empleo y la reducción acelerada de las tasas de natalidad también conllevaron que los países europeos hubieran de enfrentarse a una creciente escasez de mano de obra en diversos sectores industriales y en la minería. Como consecuencia de ello, la emigración europea a gran escala a otros continentes llegó a su fin.

El resultado fue que los patrones migratorios se invirtieron y, de manera creciente, personas del resto del mundo empezaron a desplazarse a la Europa Occidental. El fenómeno se inició con frecuencia con migraciones «poscoloniales», es decir, con personas que se trasladaban desde antiguas colonias hasta Europa: desde el Caribe (las Indias Occidentales), el sur de Asia (Pakistán, India) y África oriental en el caso de personas de ascendencia india, hasta Gran Bretaña; desde el Magreb (Argelia, Túnez, Marruecos) y África Occidental (especialmente Senegal y Mali) hasta Francia; y desde Indonesia y Surinam hasta los Países Bajos.

En Alemania, Austria, Suiza, Dinamarca y Suecia, que no poseían grandes imperios coloniales de ultramar, además de en los Países Bajos y Bélgica, esas migraciones poscoloniales se vieron rápidamente complementadas con el reclutamiento de importantes cifras de trabajadores invitados procedentes de Italia, España, Portugal, Grecia y la antigua Yugoslavia en las décadas de 1950 y 1960. Cuando ese recurso a la mano de obra de la Europa meridional se agotó, los Gobiernos y las empresas empezaron a reclutar a trabajadores turcos y del Magreb. Aunque esa migración se vio inicialmente como algo temporal, muchos migrantes se instalaron y trajeron a sus familias, abonando el terreno para el crecimiento de importantes comunidades de inmigrantes.

Ese «giro migratorio global» supuso un vuelco en los patrones de la migración internacional. Y la evolución de Europa, que

pasó de principal suministradora a principal destino de migrantes no europeos, también transformó la migración a los países poblados tradicionalmente por colonos europeos en Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda. La causa fue que, a medida que los europeos dejaron de emigrar en grandes cantidades, la migración a esos países pasó a ser cada vez más de origen no europeo.

Si los europeos habían dominado la migración a Estados Unidos y Canadá durante siglos, a partir de la década de 1950, puertorriqueños, mexicanos, cubanos, otros latinoamericanos y asiáticos (especialmente coreanos, vietnamitas, filipinos, indios y chinos) empezaron a ocupar su sitio. Ello vino acompañado de grandes cambios en los patrones migratorios de otras regiones del mundo. Sudamérica dejó de ser un destino de emigrantes europeos y el patrón se revertió, con un rápido crecimiento de las migraciones latinoamericanas a Norteamérica primero, y después, también, a Europa.

Otro cambio importante en los patrones migratorios globales fue la aparición de destinos de migración no occidentales. A partir de la década de 1980, el rápido crecimiento de las economías del Golfo Pérsico (como Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait y Catar) las convirtió en destinos para millones de trabajadores migrantes de Oriente Medio —sobre todo de Egipto— y de países pobres de Asia, como Pakistán, India y Filipinas, así como de África, aunque en menor medida. A lo largo de las últimas décadas, los asiáticos en particular han pasado a formar parte del escenario migratorio global, y cada vez son más los chinos, indios, filipinos e indonesios que emigran a destinos de todo el mundo. En el este y el sudeste asiático, países como Japón, Corea del Sur, Singapur, Malasia y Tailandia se han convertido en destinos para migrantes de países más pobres tanto de dentro como de fuera del continente, como en el caso de Birmania, Nepal y Uzbekistán. En la década de 1990, Rusia emergió como importante destino para trabajadores migrantes procedentes de antiguas repúblicas soviéticas como Ucrania, Kazajistán y Uzbekistán.¹¹

Así pues, a lo largo del último medio siglo, los patrones migratorios internacionales han experimentado transformaciones fundamentales. Con la excepción de países tradicionalmente receptores de inmigración como Canadá, Australia y Nueva Zelanda (donde los migrantes representan un 20 por ciento de la población), entre el 10 y el 15 por ciento de las poblaciones de la mayoría de los países occidentales —incluidos Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Francia— ha nacido en el extranjero. En todo caso, se trata de unos niveles de inmigración que no son excepcionales desde un punto de vista histórico. Si bien la inmigración a Estados Unidos ha seguido aumentando durante las pasadas décadas, en 2020 los inmigrantes constituían una proporción aproximadamente igual de la población (en torno al 14 por ciento) que la de hace un siglo.¹² El cambio principal es que el origen de las poblaciones inmigrantes es cada vez menos europeo. Dado que Europa ha ido transformándose de fuente principal a destino principal de migrantes, ese giro migratorio ha llevado a que se dé una migración creciente desde Latinoamérica, Asia y (en menor medida) África a Europa, Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, así como los nuevos destinos migratorios del Golfo Pérsico y el este de Asia. Esos cambios no tienen tanto que ver con un aumento de los niveles generales de las migraciones internacionales como con un cambio en la dirección geográfica dominante de los flujos migratorios globales.

Ello ha llevado a un creciente asentamiento de poblaciones de origen no europeo en Europa y en Norteamérica. Sin duda, se trata de un cambio importante, y quizá explica por qué muchas personas creen que la inmigración ha alcanzado máximos históricos. Ello es así especialmente cuando se observa desde las ciudades, los barrios y los pueblos en los que se concentran los inmigrantes. Sin embargo, de manera indudable, los datos desmienten la idea de que la migración global esté siquiera acelerando, y mucho menos de que se esté descontrolando. De hecho, se trata de una idea que es reflejo de una visión del mundo eurocéntrica, que considera la inmigración de poblaciones no

occidentales, no blancas, especialmente problemática, pero que se muestra ciega a las emigraciones e inmigraciones europeas del pasado.

La mayoría de los migrantes recorren distancias cortas

A causa de la preocupación de políticos y medios de comunicación occidentales ante la migración internacional, resulta fácil olvidar que la migración *interna* —los movimientos en el interior de los países— siempre ha sido mucho más importante que los movimientos transfronterizos. Ello es así no solo porque la migración internacional es cara, sino también porque la gente, sencillamente, prefiere estar cerca de casa. Según las mejores cifras disponibles, se estima que los migrantes internos representan un 80 por ciento de todos los migrantes del mundo —o el 12 por ciento de la población mundial.¹³ Sobre esa base, podemos estimar que existen aproximadamente unos mil millones de migrantes internos en el mundo.

La migración interna —también conocida como «migración doméstica»— es de particular importancia en países en vías de desarrollo que pasan por procesos de urbanización rápidos, que desencadenan migraciones a gran escala desde las zonas rurales a las áreas metropolitanas en expansión. Esas inmensas transferencias de poblaciones desde el campo a la ciudad constituyen una parte integral (y por tanto, en gran medida, inevitable) de unos procesos más amplios de industrialización y modernización.

Este «éxodo rural» a nivel global se inició durante el siglo xix y principios del siglo xx en Europa Occidental, Norteamérica y Japón, y culminó en la década de 1950. En la actualidad, más del 80 por ciento de la población de los países industrializados vive en zonas urbanas. Aunque la inmensa mayoría de los migrantes rurales a las ciudades permanecen en sus países, algunos usan las ciudades como puntos de partida desde los que migrar al extran-

jero. En la actualidad, se está dando una transición similar a gran escala en países de ingresos medios como son China, India e Indonesia, y empieza a cobrar impulso en países de ingresos bajos como Etiopía, Afganistán y Birmania, en los que menos del 30 por ciento de sus habitantes vive en ciudades y localidades urbanas, pero donde las tasas de urbanización son más elevadas que en cualquier otra parte del mundo.

En numerosos aspectos, la era moderna, industrial, no ha sido una historia de migración internacional, sino de migración entre lo rural y lo urbano tanto dentro de las fronteras de los países como entre países. Casi todos nosotros descendemos de campesinos. A la mayoría de los urbanitas les basta con remontarse una o dos generaciones para encontrar a familiares que dieron el gran paso de desplazarse a la ciudad en busca de trabajo, educación o un estilo de vida diferente. El paso de un estilo de vida rural a otro urbano ha supuesto la transformación más trascendental por la que ha pasado la humanidad a lo largo de los últimos dos siglos, transformación que aún se da en los países de ingresos bajos y medios.

Que esa migración de lo rural a lo urbano implique cruzar una frontera o no suele ser menos relevante que el cambio radical en el estilo de vida y las sensaciones encontradas de emoción, extrañamiento e impacto que causa. El hijo o hija de un campesino que se desplaza desde una aldea del estado de Oaxaca, México, hasta la capital del país, o desde la provincia de Tata, al sur de Marruecos, hasta Casablanca, o desde las Áreas Tribales bajo Administración Federal (FATA) de Pakistán hasta Karachi, experimenta un impacto casi tan enorme (o aún mayor) que el que experimentaría si se desplazara a Los Ángeles, París o Londres; mientras que los urbanitas de clase media de Ciudad de México, Casablanca o Karachi tendrían por lo general pocos problemas para adaptarse a la vida en las grandes metrópolis occidentales.

Así pues, la inmensa mayoría de los jóvenes que buscan mejores oportunidades y estilos de vida se desplazan en el interior de sus países. De promedio, solo una quinta parte de los movimientos

internos en los países acaba en una migración internacional. La migración interna es muy superior a la internacional, sobre todo en países grandes y muy poblados como China, India, Indonesia, Brasil y Nigeria, pero también en Estados Unidos y Rusia. Las «poblaciones flotantes» de China atestiguan la enorme magnitud de esas migraciones domésticas. Se estima que la cifra de migrantes internos en China es de al menos 270 millones, muy alejada de la de 5,8 millones de personas nacidas en China que viven en el extranjero.¹⁴ Dicho de otro modo, existen tantos migrantes internos solo en China como migrantes internacionales en todo el mundo.

Por regla general, cuanto mayor es un país, mayor es la proporción de migrantes que se quedan en él, y menor la cifra relativa de personas que emprende una migración internacional. La explicación es sencilla. En los países grandes y muy poblados, la mayoría de las personas que salen de aldeas y pueblos rurales puede encontrar oportunidades de trabajo, de estudio y un estilo de vida diferente en las grandes ciudades de su propio país. Vivir en un país pequeño incrementa la probabilidad de que sus habitantes tengan que cruzar fronteras para encontrar esas mismas oportunidades. Y, si la gente cruza fronteras, en su mayoría se desplaza a los países vecinos, pues ello resulta menos costoso y suelen ser similares en cultura, lengua, religión y costumbres. Mantenerse cerca de casa facilita la adaptación, la búsqueda de empleo y las visitas a familiares y amigos en el país de origen.

Para ilustrarlo, el mapa 1 ofrece una panorámica general de las principales migraciones en el mundo a lo largo de la historia reciente. Lo que muestra es la extraordinaria complejidad de los movimientos de población, y que la mayoría de las personas se desplazan sin salir de sus países y de sus regiones. La realidad de la migración contrasta fuertemente con la idea popular de un éxodo masivo entre el Sur y el Norte. Por ejemplo, la región del Golfo Pérsico es un destino migratorio global tan importante como Europa Occidental, y países como Argentina y Brasil en Latinoamérica, Costa de Marfil, Gabón y Sudáfrica en África, y Singapur, Malasia y Tailandia en Asia se han erigido en impor-

tantes destinos migratorios regionales, mientras que también existen importantes movimientos de población en el interior de países grandes como puedan ser China, Nigeria y Brasil.

Y quizá más importante aún sea que más de cuatro quintas partes de la población mundial viven en sus países y sus zonas de origen. A pesar de las enormes desigualdades geográficas en oportunidades económicas, la gente se queda en su sitio. Solo el 3 por ciento vive en el extranjero, porcentaje que se ha mantenido notablemente estable desde hace décadas. En marcado contraste con la retórica política y las imágenes de los medios de comunicación, la migración, en realidad, casi nunca tiene que ver con el desplazamiento masivo de poblaciones enteras. Y si ese desplazamiento se produce —quizá a causa de guerras o de desastres naturales como inundaciones y terremotos—, se trata de movimientos que tienden a darse en distancias cortas y de manera temporal. Dado que la mayoría de las personas permanecen cerca de sus lugares de origen, la migración de larga distancia entre continentes constituye más la excepción que la regla.

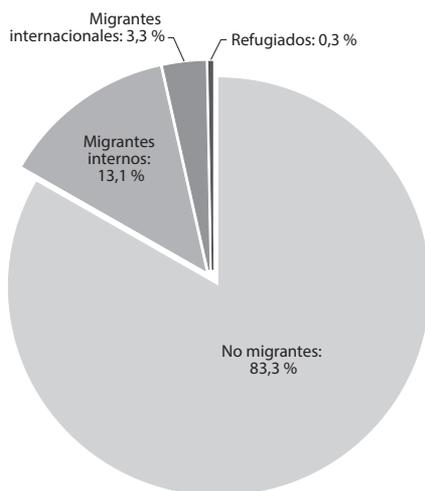
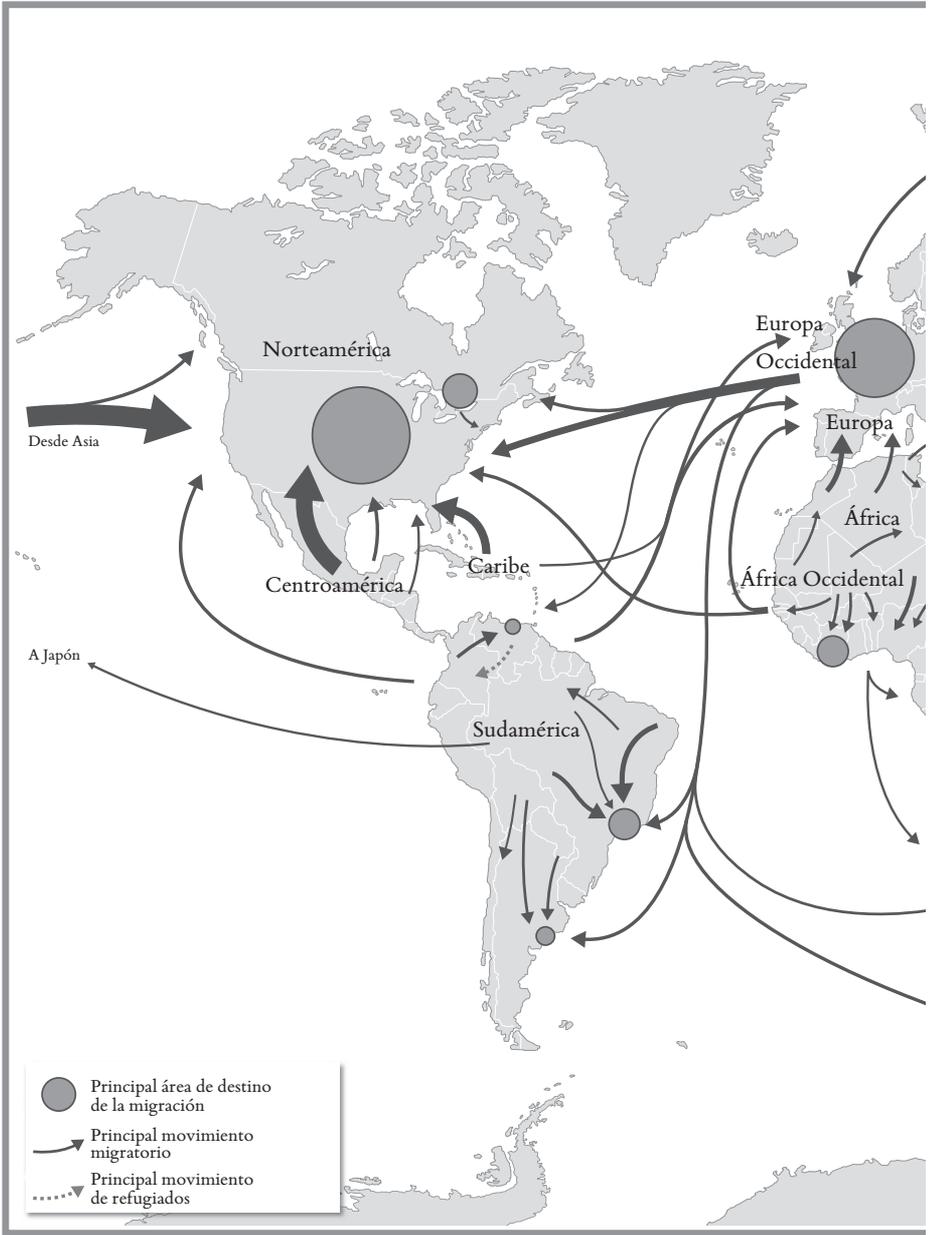
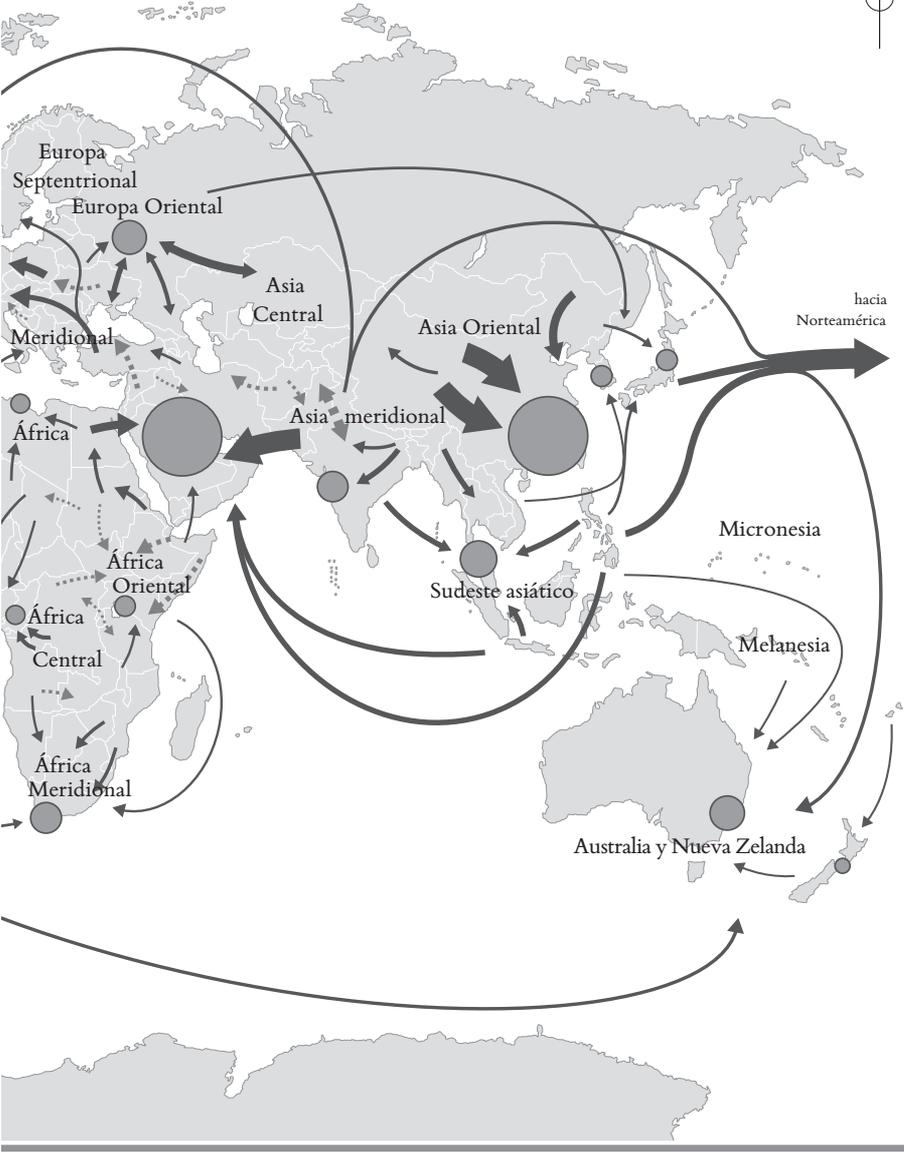


GRÁFICO 2. Porcentaje de migrantes, refugiados y no migrantes en relación con la población mundial, 2020.



MAPA I. Principales migraciones de larga distancia 1950-2020. El tamaño de las flechas indica el tamaño de los flujos migratorios, y el tamaño de los círculos es una aproximación del tamaño de las poblaciones de inmigrantes.



El gráfico 2 representa un resumen de todo esto: un 83 por ciento de la población mundial vive en su lugar de origen, un 13 por ciento forma parte de la migración interna, un 3 por ciento son migrantes internacionales y un 0,3 por ciento son refugiados.

¿Una reducción de la movilidad global?

Las evidencias cuestionan que la migración global esté acelerándose rápidamente, y desafían la idea de una crisis migratoria global. La asombrosa estabilidad y la no aceleración de la migración internacional también contradicen la noción común de que las mejoras radicales en transportes y tecnologías de la comunicación han acelerado la migración internacional. El planteamiento convencional defiende que el abaratamiento de los medios de transporte y la mayor accesibilidad a sistemas de comunicación han facilitado la migración. Pero se trata de un argumento que puede revertirse: de hecho, desde una perspectiva histórica a largo plazo, el progreso tecnológico ha hecho posible que la humanidad se asiente.

Durante la mayor parte de nuestra historia, los *Homo sapiens* vivimos de manera itinerante, pues debíamos movernos constantemente en busca de comida, según nuestro estilo de vida de cazadores-recolectores y nómadas. Ello implicaba que carecíamos de un hogar permanente, algo que solo empezó a cambiar con la invención de la agricultura, aproximadamente diez mil años antes de Cristo, en varias partes del mundo. Iniciándose en Oriente Próximo, Mesoamérica, la cuenca del río Amarillo y ciertas zonas de África, esa Revolución Agrícola (o neolítica) permitió que la gente se instalara de manera permanente en comunidades agrarias y que fuera abandonando gradualmente el estilo de vida itinerante, nómada o de pastoreo.

Desde principios del siglo XIX, la Revolución Industrial desencadenó una migración a gran escala desde el mundo rural hasta el urbano al tiempo que el empleo en la agricultura disminuía,

a causa sobre todo de la mecanización. Simultáneamente, aumentaba la demanda de mano de obra en industrias, minas y servicios. Ese proceso se inició en Gran Bretaña y se propagó rápidamente por el resto de Europa y Norteamérica, y desde ahí al resto del mundo.

Con todo, esa migración masiva del campo a las ciudades constituye una fase en gran medida temporal. En los países ricos, industrializados, el proceso de urbanización se ha completado en gran medida, o ha quedado «saturado», pues la inmensa mayoría de la población ya reside en áreas urbanas.

Considerados a largo plazo, los niveles de migración, por tanto, podrían disminuir en el futuro y formar parte del descenso de la movilidad global. La migración interna ya está ralentizándose en muchos países occidentales, incluidos Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Japón, donde una gran mayoría de sus poblaciones ya viven en metrópolis y ciudades.¹⁵ En la mayoría de los países de ingresos medios del este y el sur de Asia, así como también de Latinoamérica y Oriente Próximo, la mayor parte de la población vive en zonas urbanas (en China, el 63 por ciento de la población; en México, el 81 por ciento; en Brasil, el 87 por ciento), y la migración interna está perdiendo fuelle. En el África subsahariana y en partes de Asia central y meridional, encontramos la mayor concentración de países de bajos ingresos, en los que los procesos de urbanización han cobrado impulso más recientemente. Esas son las únicas regiones del mundo en que la migración a gran escala entre el mundo rural y el urbano seguirá produciéndose en futuras décadas.

La idea de que las mejoras en transportes y tecnologías de la comunicación han de conducir necesariamente a una mayor migración se basa en inconsistentes presuposiciones sobre las causas de esta. El impacto de la tecnología sobre la migración resulta esencialmente ambiguo. Por una parte, los viajes son más baratos y los potenciales migrantes pueden obtener con mayor facilidad información sobre oportunidades en otros lugares. Pero, por otra parte, un acceso más fácil a medios de transporte

y comunicaciones también pueden acabar con la necesidad de cambiar de lugar de residencia a fin de acceder a ciertas oportunidades. Por ejemplo, desde mediados del siglo xx, el transporte público, el hecho de que una gran cantidad de personas es dueña de vehículos privados y la mejora de las redes de autopistas han permitido cada vez a más gente desplazarse de sus hogares al trabajo y han eliminado la necesidad de cambiar de residencia cada vez que se encuentra un nuevo empleo en un lugar diferente. En países como Francia, China y Japón, la construcción de sistemas nacionales de trenes de alta velocidad ha permitido desplazamientos diarios de centenares de kilómetros por motivos laborales.

Esas revoluciones en comunicación y transporte también han permitido que empresas, servicios e incluso producciones agrícolas se den en países en los que la mano de obra es abundante y barata. A numerosas compañías británicas les ha resultado más económico y conveniente trasladar *call centers* a India, mientras que los estadounidenses que llaman a servicios de atención al cliente pueden estar hablando con un asistente filipino con base en Manila que se comunica con fluidez en inglés americano. Muchas industrias estadounidenses han trasladado sus fábricas a zonas de procesamiento de exportaciones (maquiladoras) instaladas del lado mexicano de la frontera EE. UU.-México. De un modo análogo, cultivadores de rosas neerlandeses han invertido en enormes granjas de flores de Kenia y Etiopía no solo para beneficiarse de unas condiciones meteorológicas ideales que les permiten producir rosas todo el año, sino porque de ese modo sacan partido de una mano de obra barata.¹⁶

Así pues, la tecnología no conduce necesariamente a más migración, pues la «deslocalización», de hecho, permite que el capital y la producción se trasladen a los lugares en los que la mano de obra resulta más barata, en vez de que la mano de obra se desplace hasta las instalaciones de producción de países ricos, algo que, posiblemente, haya acabado con cierta necesidad de contar con trabajadores migrantes.

La respuesta a la pandemia de la covid-19 ha puesto en evidencia que internet permite cada vez a más gente trabajar desde casa, sobre todo en el sector servicios más cualificado, y resulta más que posible que, en el futuro, los empleados más cualificados del sector servicios lleguen a cambiar de residencia a fin de beneficiarse de unas viviendas más asequibles y del estilo de vida más relajado que las comunidades más pequeñas y remotas pueden ofrecerles. Con todo, la pandemia también ha puesto en evidencia la ilusión de que todos los trabajos pueden hacerse a distancia, algo que afecta particularmente a la construcción, los cuidados, el transporte, la hostelería y otros empleos relacionados con los servicios a los que tantos migrantes se dedican; de hecho, como se verá a lo largo del libro, la escasez sostenida de mano de obra en empleos que necesitan la presencia física de los trabajadores es la causa principal que explica por qué la inmigración ha seguido existiendo en las últimas décadas.

Todo ello demuestra que el impacto de la tecnología en la migración es incierto. Existen tantas razones para pensar que la tecnología puede llevar a un aumento de la migración como a su disminución. Si bien el transporte y la tecnología de la información facilitan potencialmente el movimiento y pueden servir de inspiración a la gente para explorar nuevos horizontes, también permiten que la gente se quede en su sitio. Si la tecnología facilita la «movilidad no migratoria», como puede ser la de los desplazamientos de casa al trabajo, el turismo y los viajes de negocios, también puede acabar con la necesidad de migrar en el sentido de cambiar de lugar de residencia. Todo ello apunta a que los actuales niveles de migración ni son inéditos ni están acelerando, y a que los niveles futuros de migración podrían, de hecho, disminuir, en consonancia con el decrecimiento de la movilidad global.